

caer y por desnucarse. Y, puesto que todo cruje, que se cumpla, pues, el deseo de Gundermann; su predicción de que la Francia será derrotada, si llega la guerra con la Alemania!... Dispuestos estamos, los prusianos, no tienen más que entrar y tomar nuestras provincias.

Con un gesto aterrado y suplicante ella le hizo callar, como si fuera á atraer el rayo.

—No, no! No digáis esas cosas. No tenéis derecho á decir las... Y además, vuestro hermano no ha entrado por nada en vuestra prisión. Sé, por noticias de buena fuente, que quien lo ha hecho todo ha sido el ministro de Justicia, Delcambre.

La cólera de Saccard se desvaneció de repente en una sonrisa.

—Oh! Ese se venga.

Y, como Carolina lo mirase con aire de interrogación, añadió:

—Sí, una antigua historia entre nosotros... Sé de antemano que seré condenado.

Sin duda ella sospechó la historia, porque no insistió. Reinó un corto silencio, durante el cual, Saccard cogió de nuevo los papeles que había sobre la mesa, entregado otra vez á su idea fija.

—Habéis sido muy amable, querida amiga, con haber venido, y quiero que me prometáis que volveréis, porque tenéis muy buen juicio y deseo consultaros algunos proyectos... ¡Ah, si yo tuviera dinero!

Ella la interrumpió vivamente, aprovechando

la ocasión para aclarar un punto que no se le iba del pensamiento y que la atormentaba hacía meses. ¿Qué había hecho de los millones que debía poseer por su parte? ¿Los había enviado al extranjero, ó enterrado al pié de algún árbol de él solo conocido?

—¡Pero vos tenéis dinero! ¡Los dos millones de Sadowa, los nueve millones de vuestras tres mil acciones, si las vendisteis al precio de tres mil!

—¡Yo, querida mía, no tengo ni un céntimo!

Y dijo esto con una voz tan clara y tan desesperada, mirándola al mismo tiempo con tal aire de sorpresa, que ella quedó convencida.

—Jamás me ha quedado un céntimo, en los negocios que han acabado mal... Yo me arruino con los demás.... Verdad es que he vendido; pero también he vuelto á comprar; y me vería muy embarazado para explicaros claramente á dónde han ido á parar mis nueve millones, aumentados con otros dos millones más. Hasta creo que mi cuenta con el pobre Mazaud se saldaba con una deuda de treinta á cuarenta mil francos... ¡Ni un céntimo, la gran escobada, como siempre!

Carolina quedó tan aliviada, tan contenta, que bromó sobre su ruina, la suya y la de su hermano.

—Nosotros también, cuando todo esté terminado, creo que no tendremos ni para comer un mes... ¡Ah, ese dinero, esos nueve millones

que nos habíais prometido, ya recordaréis que me daban miedo! Nunca he vivido con tanto malestar; ¡y qué descanso, la noche del día en que lo devolví todo á favor del activo!... Hasta los trescientos mil francos de la herencia de nuestra tía se han ido. Esto no es muy justo. Pero, ya os lo había dicho, el dinero encontrado, el dinero que no se ha ganado, apenas si se aprecia... ¡Y bien veis que estoy alegre y que río ahora!

El la detuvo con un gesto febril, cogiendo los papeles de la mesa, y blandiéndolos.

—¡No os importel! Seremos muy ricos.

—¿Cómo?

—¿Creéis, acaso, que he abandonado mis ideas?... Desde hace seis meses, trabajo aquí, velo noches enteras, para reconstruirlo todo. ¡Y esos imbéciles que me achacan como un crimen aquel balance anticipado, pretendiendo que, de los tres grandes negocios, los Vapores reunidos, el Carmelo y el Banco nacional turco, sólo el primero ha dado los beneficios previstos! ¡Voto á!... Si los otros dos han peligrado, es porque yo no estaba allí. Pero cuando me suelten, ¡oh! cuando yo vuelva á ser el amo, ya veréis, ya veréis....

Suplicante, ella quiso impedirle que prosiguiera. El se había puesto en pié, y se empujaba sobre sus piernecillas, gritando con su voz aguda:

—Están hechos los cálculos, ahí están los

números, ¡mirad!.... ¡El Carmelo y el Banco nacional turco no son más que simples juguetes! Nos falta la vasta red de caminos de hierro de Oriente, nos falta todo lo demás, Jerusalem, Bagdad, la conquista de toda el Asia Menor, lo que Napoleón no pudo hacer con su sable, y que haremos nosotros con nuestros azadones y nuestro oro.... ¿Cómo habéis podido creer que yo abandonase la partida? Napoleón volvió de la isla de Elba. Yo también, y no tendré más que mostrarme y todo el dinero de París se alzará para seguirme; y lo que es esta vez no habrá Waterlloo, os respondo de ello, porque mi plan es de una exactitud matemática, previsto hasta en sus últimos céntimos.... ¡Al fin vamos á echar por tierra á ese maldito Gundermann! ¡No pido más que trescientos millones, y el mundo es mío!

Carolina había conseguido cogerle las manos y se apretaba contra él.

—¡No, no! ¡Callaos, me dais miedo!

Y, á pesar suyo, de su espanto surgía una admiración. Bruscamente, en aquella celda miserable y desnuda, asegurada con cerrojos, separada de los vivientes, acababa de experimentar la sensación de una fuerza desbordante, de un resplandecimiento de vida: la eterna ilusión de la esperanza, la obstinación del hombre que no quiere morir. Buscaba en sí la cólera, la execración de las faltas cometidas, y ya no las encontraba. ¿No lo había condenado, después de las irreparables desgracias de que fué causa? ¿No

había llamado el castigo, la muerte solitaria en el desprecio? Ella no conservaba de todo aquello más que su odio al mal y su piedad por todos los sufrimientos. El, aquella fuerza inconsciente y activa, apoderábase de nuevo de ella, como una de las violencias de la naturaleza, sin duda necesarias. Y después de todo, si aquello no era más que una debilidad de mujer, abandonábase á ella con delicia, con toda la maternidad paciente, toda la infinita necesidad de ternura que le había hecho amarle sin estima, en su elevada razón devastada por la experiencia.

—Se ha acabado—repitió muchas veces sin dejar de apretarle las manos entre las suyas.— ¡No podréis calmaros y descansar al fin!

Luego, como él se alzase para besar sus blancos cabellos, cuyos rizos le cubrían las sienas, con una vivaz abundancia de juventud, ella lo contuvo, y añadió con un aire de absoluta resolución y de profunda tristeza, dando á las palabras todo su sentido:

—¡No, no! Eso se ha concluido, concluido para siempre.... Estoy contenta de haberos visto por última vez, para que no quede cólera entre nosotros.... ¡Adiós!

Quando partió, lo vió en pie, junto á la mesa, verdaderamente conmovido por la separación, pero volviendo á ordenar ya con mano instintiva los papeles que había revuelto en su fiebre; y como el ramito de dos sueldos se hubiera deshojado entre las páginas, sacudía estas una á

una, batiendo con los dedos los pétalos de rosa. Tres meses después, á mediados de Diciembre, celebróse la vista del proceso del Banco Universal. Se llevó cinco largas sesiones en medio de una curiosidad muy viva. La prensa había hecho un ruido enorme alrededor de la catástrofe, circulaban historias extraordinarias sobre la dentitud del sumario. Fué muy notada la exposición de los hechos trazada por el fiscal, una obra maestra de feroz lógica, en la que los menores detalles estaban agrupados, utilizados, interpretados con una claridad implacable. Por lo demás, se decía que el fallo estaba dado de antemano. Y en efecto, la evidente buena fe de Hamelin, la heroica actitud de Saccard, que hizo frente á la acusación durante los cinco días, los discursos magníficos y resonantes de la defensa, no impidieron al tribunal condenar á los dos acusados á cinco años de prisión y á tres mil francos de multa. Pero puestos en libertad provisional bajo fianza un mes antes de la vista, y habiéndose presentado ante el tribunal en calidad de acusados libres, pudieron apelar y abandonar la Francia en las veinticuatro horas siguientes. Rougon había exigido este desenlace, no queriendo tener tan cerca el fastidio de un hermano en prisión. La misma policía vigiló la partida de Saccard, que marchó á Bélgica por un tren de noche. El mismo día había partido Hamelin para Roma.

Y transcurrieron tres meses más, eran ya

los primeros días de Abril, y todavía estaba Carolina en París, donde la había detenido el arreglo de asuntos muy enredados. Seguía habitando el pequeño cuarto del hotel de Orviedo, cuya venta anunciaban edictos. Por lo demás, acababa al fin de resolver las últimas dificultades, podía ya partir, ciertamente sin un céntimo en el bolsillo, pero sin dejar detrás de sí ninguna deuda; y debía salir de París al día siguiente, para ir á Roma á reunirse con su hermano, que había tenido la suerte de conseguir allí una modesta colocación como ingeniero, y que le escribía diciéndole que la esperaban algunas lecciones. Aquello era comenzar otra vez su existencia.

Al levantarse, la mañana de aquel último día que iba á pasar en París, le entró el deseo de irse sin intentar tener noticias de Víctor. Hasta entonces habían sido vanas todas las pesquisas. Pero se acordaba de las promesas de la Mechain, decíase que acaso sabría algo aquella mujer; y era fácil preguntarle, yendo á casa de Busch á las cuatro. Al pronto rechazó esta idea: ¿para qué si todo aquello había muerto? Después sufrió realmente, dolorido el corazón, como por un hijo que hubiera perdido, y sobre cuya tumba no hubiera colocado flores, al irse. A las cuatro fué á la calle Feydeau.

Estaban abiertas las dos puertas de la meseta, en la obscura cocina hervía agua fuertemente, mientras que en el otro lado, en el estrecho gabinete, la Mechain, que ocupaba el sillón

de Busch, parecía sumergida en medio de un montón de papeles que sacaba á fajos enormes de su viejo saco de cuero.

—¡Ah, sois vos, mi buena señora! A mala hora venís. El señor Segismundo está ya en la agonia. Y el pobre señor Busch tiene la cabeza perdida con ello, tanto ama á su hermano. No hace más que correr como un loco, y ahora ha salido para traer un médico.... Ya veis, yo tengo que ocuparme de sus asuntos, porque hace ocho días que ni siquiera ha comprado un título ni metido la nariz en un crédito. Felizmente, yo he hecho hace un momento un negocio ¡oh! un verdadero negocio que lo consolará algo de su pena cuando recobre la razón.

Carolina, sobrecogida, olvidaba que había ido allí por Víctor, porque había reconocido títulos del Universal en los papeles que la Mechain sacaba á puñados de su saco. El viejo cuero crujía, y ésta seguía sacando, y charlando por los codos, en medio de su alegría.

—¡Mirad! He conseguido todo esto por doscientos cincuenta francos, y habrá unos cinco mil, á un sueldo cada uno.... ¿Eh? á un sueldo acciones que han sido cotizadas á tres mil francos. Vedlas casi caídas al precio del papel, ¡sí! del papel al peso.... Pero de todos modos valen más, nosotros las revenderemos lo menos á diez sueldos, porque son muy buscadas por las gentes en quiebra. Como comprenderéis, tienen tan buena reputación que *visten* todavía. Hacen muy

bien en un pasivo, es muy distinguido haber sido víctima de la catástrofe. En fin, he tenido una suerte extraordinaria, he olfateado el foso donde, después de la batalla, dormía toda esta mercancía, un viejo fondo de matadero que un imbécil, mal informado, me ha dejado por nada. ¡Y ya pensaréis si habré caído sobre ello! ¡Ah, no me he descuidado, lo he limpiado todo vivamente!

Y se regocijaba como ave carnicera de los campos de matanza financieros, su enorme persona sudaba los inmundos alimentos con que se había engrasado, mientras que sus manos cortas y parecidas á ganchos, removían los muertos, aquellas acciones depreciadas, amarillentas ya y exhalando un olor rancio.

Oyóse una voz ardiente y baja que venía de la pieza vecina, cuya puerta estaba abierta del todo, como las dos de la meseta.

—¡Bueno! Ya está hablando otra vez el señor Segismundo. No hace otra cosa desde esta mañana. ¡Dios mío! ¡Y el agua que hierva! ¡La había olvidado! Es para una porción de tisanas. Mi buena señora, puesto que estáis aquí, haced el favor de ver si quiere alguna cosa.

La Mechain se fué á la cocina, y Carolina, á quien atraía el sufrimiento, entró en la alcoba. Alegaba la desnudez de ésta un claro sol de Abril, uno de cuyos rayos caía sobre la mesita de madera blanca, atestada de notas escritas, de voluminosos legajos, de donde se desbordaba el

trabajo de diez años; y seguía no habiendo allí nada más que las dos sillas de paja y los pocos volúmenes amontonados sobre tablas. En la estrecha cama de hierro, Segismundo, sentado contra tres almohadas, vestido hasta medio cuerpo con una corta blusa de franela roja, hablaba, hablaba sin descanso, bajo la singular excitación cerebral que precede algunas veces á la muerte de los tísicos. Deliraba, con momentos de extraordinaria lucidez; y en su enflaquecido rostro, encuadrado en sus largos cabellos rizados, sus ojos, desmesuradamente abiertos, interrogaban al vacío.

En seguida, cuando Carolina entró, pareció reconocerla, aunque no se hubiesen encontrado nunca.

—¡Ah! sois vos, señora! Os había visto, os llamaba con todas mis fuerzas. Acercaos, venid más cerca, que os diga en voz baja.

A pesar del ligero temblor de miedo que le había acometido, ella se aproximó, y tuvo que sentarse en una silla, contra la cama misma.

—No lo sabía, pero ahora lo sé. Mi hermano vende papeles, y he oído llorar gentes ahí, en su despacho. ¡Mi hermano, ah! Tengo el corazón como atravesado por un hierro candente. Sí, esto es lo que tengo en el pecho, lo que me abrasa siempre, porque esto es abominable, el dinero, el pobre mundo que sufre. De modo que, dentro de un momento, cuando yo haya muerto, mi hermano venderá mis papeles, y yo no quiero, ¡no quiero!

Su voz se alzaba, poco a poco, suplicante.

—¡Mirad! señora; ahí, sobre la mesa, están mis papeles. Dádmelos para que hagamos con ellos un paquete, y os los llevaréis, os los llevaréis todos.... ¡Oh, os llamaba, os aguardaba! ¡Perdidos mis papeles! ¡Aniquilada toda mi vida de estudios y de trabajos!

Y como ella vacilase en darle lo que pedía, juntó las manos.

—Por favor, que me asegure de que están ahí todos, antes de morir.... Mi hermano no está aquí, mi hermano no dirá que me mato.... Os lo suplico.....

Entonces Carolina cedió, trastornada por el ardor de su ruego.

—Ya veis que hago mal, puesto que vuestro hermano dice que esto os hace daño.

—¡Daño, oh, no! Y además, ¡qué importa!... ¡Al fin he conseguido, después de tantas noches en vela, alzar esa sociedad del porvenir! Todo está ahí previsto y resuelto, eso es toda la justicia y toda la dicha posibles.... ¡Qué lástima no haber tenido tiempo de redactar la obra, con los desenvolvimientos necesarios! Pero aquí están mis notas completas, ordenadas. ¿Verdad que vais a salvarlas para que otro, algún día, les dé la forma del libro definitivo, lanzado por el mundo?....

Con sus largas y débiles manos había cogido los papeles y los hojeaba amorosamente, mientras que en sus grandes ojos, ya enturbiados,

encendíase una llama. Hablaba muy deprisa, con acento cascado y monótono, con el tic-tac de una cadena de reloj corrida por la pesa; y esto era el ruido mismo de la mecánica cerebral, funcionando sin parar en el desarrollo de la agonía.

—¡Ah, cómo la veo, cómo se eleva allí claramente, la ciudad de la justicia y de la dicha!.... Allí todos trabajan, con un trabajo personal, obligatorio y libre. La nación no es más que una inmensa sociedad cooperativa, los instrumentos son propiedad de todos, los productos están centralizados en vastos depósitos generales. Se tiene derecho a tanto consumo social cuanto ha sido el trabajo útil realizado. La hora de trabajo es la medida común, un objeto no vale sino lo que ha costado de horas, ya no hay más que un cambio, entre todos los productores, con la ayuda de bonos de trabajo, y esto bajo la dirección de la comunidad, sin ningún otro descuento que el impuesto único para educar a los niños y mantener a los viejos, renovar los instrumentos y costear los servicios públicos gratuitos... ¡No más dinero, y por tanto, no más especulación, no más robo, no más tráficos abominables, no más crímenes de esos que la codicia irrita: las jóvenes casadas por su dote, los padres viejos estrangulados por su herencia, los transeuntes asesinados por su bolsa!... ¡No más clases hostiles de patrones y de obreros, de proletarios y de burgueses, y por tanto, no más leyes restrictivas, ni tribunales, ni fuerza armada para sostener el acaparamiento de

los unos contra el hambre rabiosa de los otros!... ¡No más ociosos de ninguna especie, y por tanto, no más propietarios nutridos por el alquiler, no más rentistas entretenidos como mujerzuelas por la suerte, no más lujo, en fin, ni miseria!... ¡Ah, esto es la equidad ideal, la soberana sabiduría: no más privilegiados, no más miserables, cada cual haciendo su dicha por su esfuerzo, el término medio de la dicha humana!

Exaltábase, y su voz se hacía más dulce, más lejana, como si se alejase y se perdiese muy arriba, en el porvenir cuya venida anunciaba.

—Y si entrara en detalles... Mirad esta hoja separada, con todas estas notas marginales: es la organización de la familia, el contrato libre, la educación y la manutención de los niños, puestas á cargo de la comunidad... Sin embargo, esto no es la anarquía. Mirad esta otra nota: quiero un comité director para cada rama de la producción, encargado de proporcionar ésta al consumo, fijando las necesidades reales... Y aquí otro detalle de organización: en las ciudades, en los campos, maniobrarán ejércitos industriales, ejércitos agrícolas, dirigidos por jefes que elegirán ellos mismos, regidos por reglamentos que ellos mismos habrán votado... ¡Mirad! También he indicado aquí, por cálculos aproximados, á cuántas horas podría ser reducida la jornada de trabajo en veinte años. Gracias al gran número de brazos nuevos, gracias sobre todo á las máquinas, no se trabajará más que cuatro horas, tres acaso;

¡y cuanto tiempo habrá para gozar de la vida! Porque esto no es un cuartel, es una ciudad de libertad y de alegría, donde todos son libres de hacer su gusto, con todo el tiempo de satisfacer sus legítimos apetitos, el goce de amar, de ser fuertes, de ser hermosos, de ser inteligentes, de tomar su parte de la inagotable naturaleza.

—Y su gesto, en aquella miserable habitación, poseía el mundo. En la desnudez en que había vivido, en la pobreza sin necesidades en que moría, hacía con mano fraternal el reparto de los bienes de la tierra. Lo que distribuía de aquel modo, sabiendo que él no lo gozaría nunca, era la felicidad universal, todo lo que es bueno y que él no logró jamás gozar. Había apresurado su muerte por este supremo regalo á la humanidad que sufría. Sus manos se extraviaban, palpando á tientas, entre las notas esparcidas, mientras que sus ojos, que ya no veían, llenos del deslumbramiento de la muerte, parecían tener la visión de la perfección infinita, más allá de la vida, en un arrobamiento de éxtasis que iluminaba todo su rostro.

—¡Ah, cuántas actividades nuevas, la humanidad entera trabajando, las manos de todos los vivientes mejorando el mundo!... Ya no hay landas, ni pantanos, ni tierras incultas. Los brazos de mar son cegados, las montañas que estorban desaparecen, los desiertos se cambian en valles fértiles, bajo las aguas que brotan de todas partes. Ya no es irrealizable ningún pro-

digio, los antiguos grandes trabajos hacen sonreír, tan tímidos y pueriles parecen. Al fin es habitable la tierra..... Y esto es todo el hombre desarrollado, engrandecido, satisfaciendo todos sus apetitos, convertido en el verdadero amo. Las escuelas y los talleres están abiertos, cada cual escoge libremente el oficio que determinan sus aptitudes. Han pasado ya años, y se ha hecho la selección, gracias á severos exámenes. Ya no basta poder pagar la instrucción, es necesario aprovecharla. Cada cual se encuentra así detenido, utilizado, en el grado justo de su inteligencia, lo que reparte equitativamente las funciones públicas, según las indicaciones mismas de la naturaleza. Todos para todos, según sus fuerzas..... ¡Ah, ciudad activa y alegre, ciudad ideal de sana explotación humana, donde ya no existe la vieja preocupación contra el trabajo manual, donde se ve un gran poeta carpintero, un cerrajero gran sabio! ¡Ah, ciudad bienaventurada, ciudad triunfal hacia la que marchan los hombres hace tantos siglos, ciudad cuyos blancos muros resplandecen, allá..... allá, en la dicha, en el sol deslumbrante!....

Palidieron sus ojos, las últimas palabras se exhalaban, confusas, en un débil soplo; y su cabeza cayó, conservando la sonrisa extasiada de sus labios. Estaba muerto.

Trastornada de piedad y de ternura, mirábalo Carolina, cuando sintió, detrás de ella, como una tempestad que entraba. Era Busch que vol-

via sin médico, anhelante, destrozado de angustia; mientras que la Mechain, siguiéndole, le explicaba que no había podido hacer la tisana, por haberse vertido el agua. Pero él había visto á su hermano, su pequeño, como él lo nombraba, tendido, inmóvil, con la boca abierta y los ojos fijos; y, comprendiendo, lanzó un aullido de fiera degollada. De un salto, arrojóse sobre el cuerpo y lo levantó en sus fuertes brazos, como para soplarle la vida. Aquel terrible devorador de oro, que habría matado á un hombre por diez sueldos, que había espumado durante tanto tiempo el París inmundo, aullaba de horrible sufrimiento. ¡Su pequeño, Dios mío! ¡Y él que lo acostaba, que lo mimaba como una madre, ya no tendría más á su pequeño! Y, en una crisis de rabiosa desesperación, amontonó los papeles esparcidos por el lecho, los rasgó, los trituró, como si hubiera querido aniquilar todo aquel trabajo imbecil y aborrecido que le había matado á su hermano.

Carolina sintió, entonces, fundirse su corazón. ¡El desdichado! Sólo le inspiraba ya una piedad divina. ¿Pero dónde había oído ella aullar de aquel modo? Sólo una vez la había estremecido, como en aquel momento, el grito del dolor humano. Y se acordó, había sido en casa de Mazaud, el aullido de la madre y de los pequeños ante el cadáver del padre. Como incapaz de sustraerse á aquel sufrimiento, permaneció todavía allí un instante prestando servicios. Des-

pués, en el momento de marcharse, encontrándose sola con la Mechain, en el estrecho despacho, recordó que había ido á preguntarle acerca de Víctor. Y le preguntó. ¡Ah, sí, Víctor! ¡Dios sabe dónde estaría! Ella había recorrido París durante tres meses sin descubrir siquiera una pista. Y renunciaba á buscarlo más, siempre sería tiempo de encontrar un día á aquel bandido en el cadalso. Carolina la escuchaba, helada con el gran frío que le subía al corazón. Sí, era cosa concluída, el monstruo iba escapado por el mundo, á la aventura, á lo desconocido, así como una fiera, babeando el virus hereditario que debía extender el mal á cada una de sus dentelladas.

Afuera ya, en la acera de la calle Vivienne, Carolina quedó sorprendida de la dulzura del aire. Eran las cinco, el sol se ponía en un cielo purísimo, dorando á lo lejos, las muestras altas del boulevard. Aquel Abril, tan encantador con una nueva juventud, era como una caricia á todo su ser físico, que le entraba hasta el corazón. Respiró fuertemente, aliviada del último peso que la oprimía, más feliz ya, con la sensación de la invencible esperanza que volvía y aumentaba. Sin duda era la muerte tan hermosa de aquel soñador, dando su último aliento á su quimera de amor y de justicia, lo que la enternecía de este modo, en el sueño, que ella igualmente había tenido, de una humanidad limpia del mal execrable del dinero; y era también el aullido del otro,

la ternura irritada y manando sangre del terrible lobo, á quien ella creía sin corazón é incapaz de lágrimas. Sin embargo, no había salido de aquella casa bajo la consoladora impresión de tanta bondad humana, en medio de tanto dolor; por el contrario, llevábase la desesperación final del pequeño monstruo escapado, galopando, sembrando por los caminos el fermento de podredumbre de que jamás conseguiría curarse la tierra. Entonces, ¿por qué aquella alegría renaciente que la invadía toda?

Quando llegó al boulevard, Carolina volvió hacia la izquierda y aflojó el paso, en medio de la animación de la multitud. Detúvose un instante delante de un carrito lleno de ramos de lilas y de alelías, cuyo fuerte perfume la envolvió en un soplo de primavera. Y ahora, mientras volvía á emprender su marcha, sentía ascender en ella la ola de la alegría, como de un hirvierte manantial que hubiera intentado en vano contener, tapar con sus dos manos. Había comprendido, pero no quería. ¡No, no! Estaban todavía muy recientes las espantosas catástrofes, no podía estar alegre, abandonarse á aquella corriente de eterna vida que la agitaba. Esforzábese en guardar su duelo, llamábase á la desesperación por tantos recuerdos crueles. ¿Cómo? ¡Habría reído todavía, después del derrumbamiento de todo, de tan espantable suma de miserias! ¿Olvidaba que ella era cómplice? Y se citaba los hechos, éste, aquél, por los cuales debería llorar todo el resto de su exis-